

go en esta escuela de la actividad práctica. Los comerciantes alemanes de Bahía, son por esto mismo muy emprendedores y se elevan rápidamente a fortunas considerables.

Terminó la noche por una cena magnífica, servida con un lujo regio, y compuesta de golosinas de las cinco partes del mundo. Dejé a la tertulia entregada todavía al baile, y entre las espumantes copas, dí gracias a la amable dueña de la casa por su cordial hospitalidad, me tiré en mi calesa y regresé a mi casa en aquella dulce noche de estío en pleno mes de Enero. Embalsamaban el aire suaves perfumes, y la luz de las estrellas resplandecía en el firmamento.

Medio muerto de fatiga, y sintiendo ya vivos dolores en todos los miembros, triste consecuencia de la insolacion, volví ya en coche, ya arrastrándome sobre mis piernas, de nuestro hotel hasta el punto de la playa en donde por primera vez, tres dias antes, habia pisado el suelo de América. Horas despues, la Elisabeth humeaba y zarpaba siguiendo la costa en direccion del sur, adonde se hallan las regiones de la verdadera y santa *selva virgen*.

CAPITULO QUINTO

MATO VIRGEM

Sao Jorge dos Ilheos, 15 de Enero de 1860.

El bamboleo caprichoso y los sacudimientos desordenados de mi hamaca, unidos a vivos sufrimientos en todos los miembros, me despertaron de un sueño de plomo. En los movimientos de mi lecho, noté bien que la vieja Elisabeth nos habia relevado en el servicio de la noche precedente; pero el baile que ejecutaba sobre el océano era mas descabellado que el pretendido wals aleman de las honradas gentes de Bahía. Sentia yo dolores insoportables, latidos y espasmos, que me representaban muy a lo vivo mi imprevision. ¡No haber pensado en abrigarme de los rayos del sol! Cuando pensaba que semejante estado tal vez no me permitiria hacer algunas correrías en los bosques vírgenes, me llenaba de pesar, tenia accesos de tristeza, de desesperacion. En aquel momento los dias y las horas de mi viaje eran contados: la menor pérdida de tiempo causada por una indisposicion, se convertia en un mal irreparable para un viajero tan furioso como yo. No se pasea uno todos los dias en el océano, y cuando se han gozado las delicias de este paraíso, cada hora se hace mas preciosa que el oro.

En el viaje, el punto esencial es distribuir metódicamente el empleo del dia, como yo procuro hacerlo. Entónces, suponiendo que todo vaya bien, hablo de ello por experiencia, es increíble lo que se puede ver en poco tiempo. Pero se necesita energía, nervios sólidos y buena voluntad. ¡No he visitado en tres dias toda Roma, la gran

Roma, la Ciudad Eterna? En esos tres días, fui tres veces al Coliseo, tres al Vaticano y tres a San Pedro; subí con Su Eminencia de Viena a la cúpula de San Pedro; visité todas las iglesias, todas las colecciones, todos los monumentos; examiné las principales obras de la magnífica biblioteca del Vaticano, y todavía me represento distintamente cada uno de los objetos más preciosos que ví en materia de estatuaria y de grabado. Y aun después de varios años, a propósito de ciertas fotografías, he tenido la satisfacción de refrescar los recuerdos de una persona que había vivido en Roma más de treinta años.

Sin embargo, en esos tres días tuve tiempo para visitar dos veces al Santo Padre, para recibir de sus manos la comunión, para oír con él dos misas seguidas de desayuno, para asistir a una misa cantada muy larga en la capilla Sixtina, para participar de varias grandes comidas, y en fin, además de todo esto, para hacer y recibir no corto número de visitas oficiales. Mas necesario es decir, que el día empezaba regularmente a las cinco de la mañana y no acababa, gracias a la más magnífica claridad de la luna, sino a la una de la madrugada.

Todavía en esta vez, en mis dolores y mis inquietudes, contaba a pesar de todo, con mi buena estrella, que en mis grandes viajes nunca me abandonó.

Era muy avanzada la mañana. Me enderecé lo mejor que pude y subí al puente. Tiempo pesado, como entre nosotros cuando sopla el siroco, reinaba en la vasta extensión del océano. El cielo estaba gris, y gris estaba el mar que parecía de plomo. Aquellas no eran olas, eran masas enormes que se levantaban y bajaban como un pecho oprimido. Es este el bamboleo que se designa entre nosotros con el nombre de *mar vecchio*, tan penoso para los pobres pescadores que les revuelve el estómago. Extendiáse a nuestra derecha, hasta perderse de vista, la costa, que por todo el día se desarrolló a nuestros ojos con el aspecto monótono de una tierra virgen. Sin embargo, este espectáculo era para mí de singular interés. Esas masas de bosques que se suceden, suben y bajan en las suaves pendientes de cadenas de colinas; esas palizadas de cocoteros que llegan hasta las olas del océano, ofrecían a mis miradas un cuadro de que no podían desprenderse.

Entre esas murallas de árboles, de vez en cuando el color de las aguas hacia adivinar la desembocadura de uno de esos ríos, que, partiendo de las profundidades desconocidas de las selvas vírgenes, corriendo en olas sombrías hacia el océano, permiten al colono avanzar por aquellas tierras inexploradas y fértiles. Hemos pasado hoy por delante de varios de estos ríos; pero solo el *Río de Contas* tiene alguna importancia. Precipítase en el mar desde el pie de aquella primera cadena de montañas detrás de la cual se extiende de la provincia de *Minas Geraes*.

Un corto número de ciudades así llamadas, pero que en realidad no son más que aldeas de colonos, se desprendían a largos intervalos en el verde de la ribera. Tales son los lugares que se llaman *Cayrú, Camamú, Marahu* y *Río de Contas*. En los mapas todo esto tiene un aire imponente: defacto no son las más veces más que pequeños grupos de malas habitaciones, que se forman en la desembocadura de los cursos de agua y permiten hacer el pequeño comercio de cabotaje entre los puertos más importantes y las colonias del interior. Entre nosotros se daría a lo sumo a semejantes ciudades el nombre de pueblos de pescadores.

Solo he mencionado estos nombres porque la mayor parte de ellos son de origen indígena. Mas tarde es cuando los nombres de santos se multiplicaron y borraron las denominaciones primitivas. El gobierno se empeña hoy en hacer reaparecer poco a poco los antiguos nombres históricos, con el fin, según se me dijo, de remediar la enmarañada confusión que produce la repetición frecuente de ciertos nombres, particularmente la de los santos más populares. Las expresiones indígenas tienen muy original armonía, acaso un poco dura para los órganos portugueses; pero su significado es casi siempre característico y no carece de poesía. Por ejemplo, ¡cuán feliz no es la palabra indígena *Nighteroy* [aguas tranquilas], para designar la gran bahía cerrada de *Río Janeiro*! ¡Cuán ridículo es al contrario el nombre portugués de *Río Janeiro*! Es absolutamente como la etimología de *lucus, á non lucendo*: porque justamente en este lugar no hay corriente que desagüe en la bahía. Apenas unos de esos grupos de casas se desvanecían a nuestros ojos, cuando se nos presentaban los largos espacios verdes é inhabitados, y los bosques semejantes a un mar sin límites. En el océano, cuando

aparece en el horizonte un punto blanco, una vela lejana, esta vista despierta en el navegante un sentimiento de curiosidad simpática: nuestra alma se lanza hácia esa pequeña mancha, a ese punto sobre el cual, unos desconocidos, nuestros semejantes, van en pos de su destino. Así también en el seno de aquel mar de verdura, mira uno levantarse al cielo las blancas columnas de humo que dejan adivinar al viajero que allí mismo, entre aquellas olas inmensas de follaje, una existencia independiente é ignorada lucha y se sostiene a fuerza de trabajos. Los ojos del pasante se fijan con interés en esas manifestaciones silenciosas de una vida solitaria, y no sin cierta melancolía se representa la imaginación el modo de vivir de esos seres, que, tan léjos del mundo, separados de todo lo que les fué caro y precioso, por causas que no podrían adivinarse, han ido a buscar un asilo en la vasta é impenetrable selva. Esas columnas de humo, son los límites miliarios de la civilización que tiende a brotar del seno del bosque vírgen; son los fuegos de vivac de las avanzadas de los valientes gastadores enviados por la Providencia. Agobiados de disgustos y pesares en el antiguo mundo, han tomado la hacha del colono, para ir, sin saberlo, a servir de primeros instrumentos a esa misma civilización que avanza siempre. Cuando se piensa en los motivos que han arrojado a tantos valientes luchadores a las salvajes soledades, el corazón se siente entristecido a la vista de esas columnas de humo: una simpatía secreta dirige involuntariamente la mirada del lado de esos gérmenes de vida. Pero desde que se ha visto a los colonos y se ha tenido alguna relación con ellos, esa simpatía se trueca en profunda melancolía, y al alejarse, se vuelve uno para mirar largo tiempo, largo tiempo más, esas señales que se elevan al cielo.

Hay en la naturaleza cuadros mudos y privados de vida, que hablan con fuerza y elocuencia a una alma atenta: la mirada los interroga, el espíritu los anima ayudándose de sus recuerdos y de la poesía de sus suposiciones. Los admiradores vulgares y oficiales de la naturaleza, que trabajan según un modelo prescrito, no vuelven la cabeza a semejantes espectáculos: necesitan en sus cuadros un conjunto de objetos variados y bien dispuestos; si no tienen grupos de árboles destacados, bonitas casitas, con un campanario puntiagudo si es posible, sin hablar de un arroyo mur-

murador bordado de zarzas y de flores; si campesinos bien vestidos y bien comidos no atraviesan la campiña, luego se quejan de la monotonía. Mas yo, cuyo gusto no está sujeto a ningún modelo ni a regla alguna, encuentro estos cuadros, que se llaman monótonos, singularmente curiosos y simpáticos. Un paisaje coqueto, variado y opulento, me inspira a lo más la idea de un bienestar pacífico: es para mí la expresión de una felicidad prosaica. Mientras que en los grandes cuadros, la fantasía acecha y trabaja; en ellos nada hay ordenado, nada acabado; el sentimiento y la poesía tienen delante de sí abierto vasto campo.

Tal es el carácter que presenta la costa del Brasil. Desde luego el sentimiento de lo infinito se apodera de nosotros, cuando ante nuestra vista, semejante a un océano, el bosque vírgen desarrolla sus olas infinitas y gigantescas. El pensamiento se abisma en las regiones deshabitadas y sin límites, ya sea que la mirada vague sobre la superficie espumosa de las aguas, ya sobre los llanos de atrás que no han cambiado desde la creación. Además, nuestro espíritu es asaltado por los recuerdos del mundo de los libros: descripciones de las magnificencias de América, historias del descubrimiento del nuevo continente, las horas sucesivas de la aparición de una tierra desconocida. Nuestra memoria evoca las relaciones que han inflamado nuestra juventud, que han depositado en nosotros el germen de la pasión por los viajes, é introducido en nuestra alma, como un aguijón, el ejemplo de tantas grandes acciones.

Se representa uno, en este cuadro mudo, ciertos episodios característicos. Desde luego, al viajero que se guía trabajosamente auxiliado de la brújula, y se abre un camino al través de los montes y malezas de la naturaleza vírgen, con el cuchillo y la carabina; en seguida, al colono que con el fierro de su hacha, abate los árboles gigantes y construye su choza solitaria; después a los indios que armados del arco y de las flechas, en el pleno ejercicio de sus derechos hereditarios recorren libres y salvajes, su antiguo dominio, y con sus tiros emponzoñados, derriban indiferentemente todo enemigo, carnicero aullador, ó intruso de rostro blanco.

Tales son las imágenes que se colocan en este vasto y libre cuadro. Al mismo tiempo, un nuevo infinito se abre a nuestra alma,

el corazón se eleva y se vigoriza a la idea de penetrar en fin, realmente, en el mundo del *Mato virgem*.

Mato virgem, ó simplemente *Mato*, es el término propio de que se sirven los brasileños para designar el verdadero bosque virgen, aquel que jamás ha sido profanado. Hacia tales bosques nos dirigiamos en este momento. A lo largo de la costa, ellos no se extienden mas que hasta esta comarca; porque todo lo que se nombra bosque primitivo, no es por solo esto, el *Mato virgem*, bien que viajeros novicios sean inducidos y casi autorizados a tomar todo lo que ven aquí por un *bosque virgen*.

Hay bosques tan impenetrables, tan embarazados por las enredaderas, que el europeo los bautiza desde luego con este nombre, y sin embargo no son sino *capoeiras*, es decir, partes que han sido ya cortadas, pero que en muy poco tiempo han crecido tan extraordinariamente, que es necesario estar habituado a esto, para distinguirlos de los bosques vírgenes. Pero cuando se ha visto el *Mato* y las *capoeiras*, la diferencia se hace bastante sensible. En el bosque virgen hay árboles gigantes diez veces centenarios y especímenes gigantescos de ciertas esencias de árboles extremadamente preciosas, que no se encuentran mas que sobre el terreno que les es propio. La edad y el espesor de las enredaderas son tambien, para un ojo ejercitado, signos distintivos.

Fazenda da Vittoria, 16 de Enero de 1860.

Muy de madrugada se vió reinar a bordo esa agitacion febril que se manifiesta invariablemente en el momento de las grandes aventuras. Son las interpelaciones, la inquietud ordinarias de las gentes que se preparan con mil cuidados de detalle, a una empresa proyectada; las sensaciones se cruzan, las imágenes se suceden, una pregunta sigue á otra; se hacen mútuas exhortaciones, se averigua si un amigo ha olvidado esto ó aquello; se reúnen los objetos necesarios, se habla de los instrumentos de que se tiene necesidad, y enteramente entregados á estas ocupaciones, no se puede esperar con paciencia el momento de obrar. Estas crisis preliminares, son de dos especies: las unas excitan un calofrío de temor, las otras un estremecimiento de placer. ¿Se trata de una

gran solemnidad, en donde se debe figurar en público, ó en donde está uno condenado a hacer una arenga templada, ó a decir un brindis decente; ó bien está uno afligido por el cielo a causa de un grave exámen que se tiene que sufrir, y en que se debe demostrar en términos bien escogidos, que en realidad no se sabe gran cosa? En tal mañana, las horas que se suceden, son la mas horrible tortura a que puedan someterse los nervios del hombre? ¿Se esperan acontecimientos agradables, interesantes, propios para enriquecer notablemente nuestra experiencia, para procurarnos nuevas conquistas en el dominio del saber y nuevas victorias interiores? Entónces, las horas de preparacion son de una dulzura poco comun, no obstante que ponen la paciencia á una ruda prueba. Pero jamás se experimentan, en este género, tan nobles emociones, como en los viajes lejanos: con alegría y reconocimiento recorro yo en mi memoria los instantes que a ella se presentan como los linderos miliarios monumentales sembrados sobre el camino trazado por mis recuerdos.

¿Qué emociones no he experimentado en mi primer viaje, a lo largo de las costas, cuando me dirigia hácia el noble Acrópolis de Atenas, esa ciudadela divina, en donde brilla aún la llama del genio griego; en donde sus pensamientos inmortales parecen aun vivir en el mármol? ¿Con qué ansiedad y con cuánta inquietud no he trepado el Vesubio para espiar los secretos de la actividad infatigable de las potencias subterráneas? ¿Con qué impaciente ardor no he entrado a la Tribuna de Florencia, ese santuario del arte, para estudiar allí, en silenciosa admiracion, esas inmortales obras maestras, desde las del siglo de Fidias, hasta las de la época floreciente de Rafael Sancio? ¿Y para admirar la Alhambra, ese sueño misterioso de los *encantadores* árabes, con qué presteza no he atravesado la fresca verdura de los prados, sin detenerme en los rosales y en las fuentes que me rodeaban? ¿Cómo latia mi corazón cuando pasaba la puerta *del Popolo* para entrar en la Ciudad Eterna; cuando subia las gradas de la Basilica de San Pedro; cuando visitaba por la primera vez, a la luz de la luna, ese inmenso Coliseo, en donde reina el silencio de la muerte? ¿Qué ardientes deseos y qué impaciencia, cuando he recorrido por la segunda vez el desierto,—el desierto sin límites,—cuando sobre un ligero

corcel devoraba la inmensidad de los abrasadores arenales, para ir a meditar el enigma de las pirámides? ¿Cómo las horas me parecían largas, mientras atravesaba las montañas de Judá para visitar como peregrino el sepulcro del Salvador? ¡Cuán solemne fué el momento en que franqueaba la última cresta de las rocas, desde donde mis ojos descubrían las cúpulas de Sion, que se elevan hasta el cielo!

Semejantes momentos no se presentan sino en un viaje; nada hay más noble ni más puro en la vida humana: es la dulce compensación de las rudas fatigas y de los esfuerzos sin descanso. Tales eran las emociones que al fin de una larga expectativa, experimentábamos esa mañana. Se tomaban armas; se recordaban una vez más las prescripciones relativas al bosque virgen: se repasaba en el espíritu todo lo que se había leído sobre este asunto. El botánico preparaba sus cajas y sus pequeñas cestas, empaquetaba papel gris para secar las muestras nuevas; el cazador preparaba sus armas para declarar la guerra a toda la naturaleza, desde el colibrí hasta el tapir. Ni aun se olvidó llevar agujas y tapones de toda especie, botellas de espíritu de vino, y una cantidad de materias químicas para tomar y conservar todo lo que se arastra ó vuela. El pintor cortó sus lápices y puso en orden su album para dibujar, pero sin hacerse una carga demasiado grande; era un hombre experimentado, y que había visitado ya muchas veces el bosque virgen. El doctor preparó su lanceta, dispuesto á sangrar cuando fuera necesario; se introdujo una multitud de contravenenos en sus bolsas, para los casos de mordeduras de serpientes, y dispuso toda una farmacia portátil, á fin de sacarnos vivos en cuanto dependiese de él, del fondo del *Mato Virgem*.

En cuanto a *Mi Pequeñez*, ella se ocupaba al mismo tiempo en reunir todo un arsenal de invenciones, de las que había yo hecho una colección en Europa. Tenía allí trajes de merino blanco, ligeros como el pensamiento, ejecutados por el gran Gunkel, según mis inspiraciones; tenía allí también un gigantesco sombrero de paja, provisto de un velo como había observado que llevaban los ingleses en Egipto; tenía allí igualmente, un largo cuchillo pendiente de una banda azul, en forma de chal. Esta arma estaba destinada a cortar las enredaderas, y en caso de necesidad, para

desollar a algún jefe de *Botokudes* demasiado atrevido. Dos *revolvers* fueron muy bien cargados para sostener los combates de vida ó de muerte, del bosque virgen.

Un lindo estuche de bolsa contenía todo lo que se podía desear, desde el espejo hasta las navajas de barba. No debía olvidarse tampoco la linterna. Los libros, con todo lo necesario para escribir, fueron colocados en un paquete; los tapetes y *plaid*s dispuestos en rollos. Se llevó además azúcar, café, chocolate, bizcochos y vino.

¿Qué necesidad podíamos tener de todas estas provisiones? La experiencia es la que debía decirlo, porque en los viajes ella es la que dá las mejores lecciones. Tres oficiales del buque fueron invitados por mí a tomar parte en la expedición. Cada uno de ellos se proveyó de un pequeño arsenal particular, sobre todo de objetos propios para la caza. En cuanto a las gentes de servicio, las redujimos al mínimum. Un marinero de los que componían la tripulación, había dado la vuelta al mundo con la *Novara*, y se decía instruido en el arte de preparar y empajar animales: él cargó con todos los instrumentos destinados a este uso. Se tomó solamente además de él, al doméstico de uno de esos señores, joven muy ejercitado en tirar. En semejantes empresas, los criados europeos no son sino una plaga: es necesario estar animado de la más viva curiosidad, para soportar de buen humor las penalidades inseparables de la expedición. Cuando las fatigas inevitables en semejante caso no han sido previstas en la contrata de un doméstico, no se puede imponérselas, sin violar el principio según el cual no se debe exigir de un hombre aquello a que su deber no le obliga. Expediciones de este género, son una cosa absolutamente *personal*; en tanto que ellas duran, no hay rango ni casta. En el seno de la naturaleza primitiva, no hay más que el hombre primitivo: nadie puede resolverse a arrostrar los peligros y las fatigas que allí le aguardan, sino por el ardor de su deseo absolutamente libre. Cuando se quiere tentar semejantes empresas, es necesario persuadirse que allí toda preocupación de rango desaparece, que cada uno debe contar únicamente con sus propias fuerzas y con su habilidad personal, y que la sola regla que subsiste es pensar en sí. Si no quereis obrar por vosotros mismos y protegeros a vosotros mismos; si no podeis conducirlos sin la ayuda y el apoyo de otro, quedaos en

vuestra casa. ¿Abrigais la pretension de penetrar en los misterios de esta naturaleza que nada ha turbado desde el dia de la creacion? Tened dos buenas piernas, dos brazos nervudos, una cabeza sólida que se represente claramente su objeto, y no se deje desviar á la derecha ni á la izquierda. “¡Adelante sin interrupcion!” Hé aquí cuál debe ser el grito de guerra: “Yo soy yo,” es la palabra que he adoptado para el bosque vírgen. Para cualquiera que tiene la desgracia de haber estado, a consecuencia de su nacimiento, rodeado siempre de servidores y garantido por pantallas oficiales; para aquel a quien desde la cuna todo se le ha dado masado, todo preparado, todo dicho de antemano; para aquel a quien la etiqueta ha trazado siempre su camino como entre dos bandas de fierro, nada puede ser mas saludable, mas benéfico, que encontrarse en situaciones en las que no puede apoyarse sino en su propia fuerza y en su propia voluntad; que penetrar en las regiones donde no hay chambelanes para quitar de delante de vosotros las enredaderas con mano elegante, y dejarse morder, en una actitud respetuosa, por las serpientes venenosas. Quizá en los salones perfumados se os llamará buscador de aventuras; yo creo que las aventuras de este género son muy útiles para formar el carácter, y creo tambien que ellas se convierten en una necesidad para las naturalezas vigorosas, que procuran salir de un régimen de vida enervante. Por mas que procuréis no exponeros jamás a la fatiga y al peligro, no por eso dejarán de sobrevenir en la vida de todos los dias circunstancias extraordinarias, y entónces os encontraréis débil de cuerpo é inerte de espíritu. Desgraciadamente la Europa está ya de tal manera refinada, que no se encuentra uno en el caso de contar con sus propias fuerzas. Las grandes cazas en los Alpes salvajes son quizá para los *porfirogenetas*, el solo medio que subsiste de ponerse frente por frente con la fatiga y el peligro. Desde el funesto reinado del *rococo*, es decir, desde la época lamentable en que la peluca comenzó a parecer en una aureola de polvo, y en que la grande espada se cambió en un bonito espadín de salon, verdadero juguete para las damas; desde que los torneos y los juegos guerreros fueron reemplazados por las frases escogidas y la frivolidad de las córtes, es necesario que los hombres de buena voluntad se pongan á buscar por sí mismos la

escuela de la independencia personal, a riesgo de ser tratados como buscadores de aventuras; y todas las veces que ellos encuentren una ocasion de hacer progresos en esta ciencia, deben considerarse bien felices y dar gracias al destino.

Las casas de Ilheos se parecen todas á las de Itaparica: las mismas ventanas sin vidrieras; la misma apariencia de construccion provisional, recordando las casitas de madera que sirven de juguete a los niños. La mayor parte de las habitaciones en el Brasil llevan el sello de la improvisacion; no son sino abrigos contra la humedad y el sol. La lluvia nos obligó a detenernos en una de ellas: este retardo fué una viva contrariedad para la impaciencia que me impelia hácia adelante. No sucedió lo mismo a nuestro amigo K..... espíritu práctico que aprovechó el tiempo para hacer arreglar los paquetes y los botes por robustos esclavos. En cuanto a mí, empleaba este tiempo en contemplar la singular exposicion de hombres de color que presentaban las casas y la playa. El pintor la reproducia sobre el papel.

Los colores de la piel y las razas mas diversas estaban allí representadas, sobre todo entre los niños de los que habia una multitud. Desde nuestros semejantes de rostro pálido, hasta los descendientes de los africanos negros como el carbon, todos los matices se encontraban allí. Habia tambien brasileños de color amarillo, horribles mulatos, resultado de todos los géneros de mezcla, y aun indios cobrizos de la raza de los *Botokudes*. Era la primera vez que yo veía tipos de estos últimos con sus anchas caras y sus ojos negros de mirada penetrante y móvil. Las negras estaban vestidas aquí como en Bahía, pero con ménos coquetería, con una camisa blanca flotante, enaguas de algodón de color, y de una pieza de tela arrollada en forma de turbante alrededor de la cabeza. Eran, en su mayor parte, de una talla elevada, pero de feas facciones y de una boca grande cuyos dientes blancos mostraban al reirse un aire impertinente. Los jóvenes negros llevaban un pantalon de tela corto, y los mas una camisa de un azul opaco y un pequeño sombrero de paja plantado sobre un cráneo deprimido y cubierto de una lana corta.

Me impresionó sobre todo la fisonomía de ciertos niños de cara blanca, pálida y livida, de ojos de color miosotis, de un cabello